

MARIA, ANA Y EL MISTERIO DE LA PINZA AZUL

Un cuento de invasores marinos

María y Ana, dos hermanas que adoraban el mar, paseaban una tarde soleada por la playa cercana a su casa. Caminaban por la arena húmeda, dejando que las olas acariciaran sus pies, cuando algo inusual captó su atención: una pinza de cangrejo grande, de un azul brillante y con tonos rojos, asomaba entre los granos de arena.

Ana, la más pequeña y curiosa de las dos, corrió hacia el objeto, recogió la pinza y la levantó con asombro.

—¡Mira esto! —exclamó Ana—. Nunca había visto algo así. ¿Tú sabes qué es?

María, que era dos años mayor y había aprendido mucho sobre la fauna marina gracias a su abuelo, un veterano pescador de la zona, observó la pinza con curiosidad. Aunque claramente era de un cangrejo, no se parecía a ninguna que ella conociera.

—No lo sé —dijo María, con un tono de sorpresa—. Nunca he visto un cangrejo con una pinza de este color. Tenemos que enseñársela al abuelo.

Emocionadas por el descubrimiento, las hermanas corrieron de vuelta a casa. Al llegar, encontraron a su abuelo sentado en el porche, reparando sus redes de pesca, como solía hacer cada tarde.

—¡Abu, mira lo que encontramos en la playa! —dijo María con la respiración entrecortada por la carrera, extendiendo la pinza hacia él.

El abuelo, al verla, frunció el ceño y la tomó entre sus manos, examinándola detenidamente. Las arrugas en su frente se acentuaron, reflejando su preocupación.

—Esto es algo muy raro —dijo finalmente—. No es de un cangrejo de por aquí. Lo mejor será que consultemos a mi amigo Quique del Instituto de Ciencias Marinas de Andalucía. Él o alguno de sus colegas sabrán decirnos de qué se trata. Mañana iremos a verlo.

Esa noche, María y Ana se acostaron temprano, aunque les costó dormir por la emoción de la aventura que les esperaba al día siguiente. Cuando el sol apenas asomaba, el timbre de la casa sonó. Era su abuelo, listo para recogerlas.

Al llegar al Instituto de Ciencias Marinas, Quique, un investigador y viejo amigo del abuelo, las recibió con una cálida sonrisa. Pero antes de que pudieran intercambiar saludos, Ana, impaciente, le puso la pinza frente a la cara.

—Dice mi abuelo que tú sabes mucho de estas cosas. ¿Nos dices de quién es esto? —preguntó sin dudar.

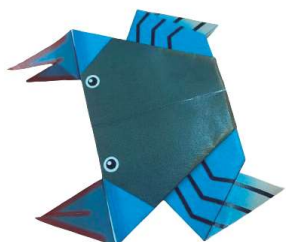
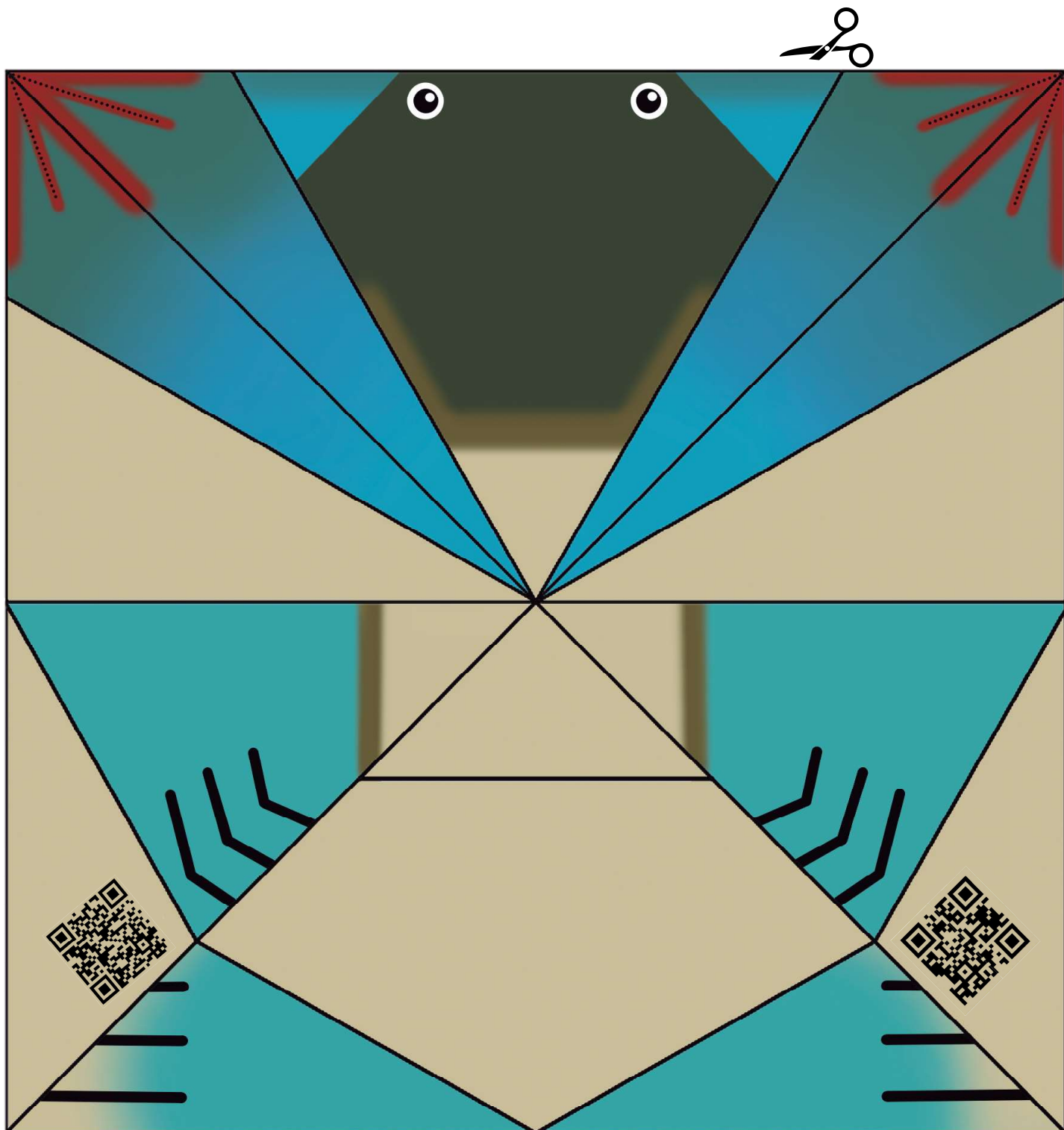
Quique soltó una carcajada y asintió.

—Tu abuelo tiene razón, pequeña. Esto es de un cangrejo que no es de por aquí. Es de un cangrejo azul, un invasor llegado de tierras lejanas. Es voraz y puede causar problemas a nuestras especies locales. Pero no os preocupéis, estamos trabajando para controlarlo y este avistamiento nos ayuda a conocer más sobre su expansión.

Quique les explicó cómo estaban estudiando al cangrejo azul para entender su impacto y cómo, debido a lo rápido que se extendían, los pescadores podrían ayudar capturándolo y vendiéndolo como alimento.

Gracias a esta información, los pescadores locales comenzaron a capturar y vender el cangrejo azul, lo que no solo ayudaba a controlar su población, sino que también proporcionaba una nueva fuente de ingresos. María, Ana y el Abu se convirtieron así en los héroes locales de su pequeña playita.

¿FIN?



María, Ana y el misterio de la pinza azul tiene licencia CC BY-NC-ND 4.0.© 2 por Ismael Ferreira Palomo, Enrique González Ortégón, Mercedes Salido Suárez (DiCiencia), Clara Elena Pérez Gutiérrez, Sergio David León Dueñas, José A. Sencianes Ortega y Sara Adán Pérez.
Centros colaboradores: Casa de la Ciencia de Sevilla e Instituto de Ciencias Marinas de Andalucía (ICMAN).